

Puebla: relaciones asimétricas y desigualdad en la apropiación social del espacio

Soto Badillo, Oscar

2015-03-20

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/692>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>



PUEBLA:

RELACIONES ASIMÉTRICAS
Y DESIGUALDAD EN LA
APROPIACIÓN SOCIAL
DEL ESPACIO

Oscar D. Soto Badillo

Académico en el Departamento de Humanidades de la Universidad Iberoamericana Puebla, candidato a doctor en Ciudad, Territorio y Patrimonio, Universidad de Valladolid.

Un nuevo comportamiento urbano

Si bien, el crecimiento de las ciudades ha sido una constante a lo largo de la historia moderna, en las décadas recientes, diversos estudios han llamado la atención sobre la confluencia de dos procesos, que por vez primera se presentan de forma simultánea: la mayor parte de la población mundial ya es urbana y, la mayoría de las 36 ciudades de más de diez millones de habitantes del mundo están ubicadas en países pobres.

Los escenarios dibujados advierten que la población urbana mundial podría alcanzar los 5 200 millones en torno al año 2025. De ellos, alrededor de 4 000 vivirán en ciudades localizadas en países subdesarrollados. Para el año 2010, en América Latina, poco menos de 469 millones de personas (79.63% aproximadamente de la población total) vivía en áreas urbanas (frente a 393 millones en 2000), lo que convierte al subcontinente en una de las regiones más urbanizadas del mundo.¹

Este acelerado proceso de urbanización tiene, además, una característica añadida: casi la mitad de la población urbana vive hacinada en condiciones precarias en asentamientos denominados informales que ocupan, crecientemente, espacios situados en los cada vez más extendidos contornos periféricos de las concentraciones urbanas consolidadas.

Llama la atención, sin embargo, que este fenómeno se manifiesta hoy de manera paradójica: a pesar de que las tasas de crecimiento demográfico en las ciudades han venido disminuyendo en los últimos treinta años,² se observa un incremento en la expansión física de las áreas metropolitanas más importantes, ampliando de este modo la espacialidad de la urbanización y por ende, su comportamiento desagregado y difuso.

En México, 65% del desarrollo urbano del país se está produciendo en las periferias de las ciudades grandes y medias, lo que, de acuerdo con diversos estudios, genera desequilibrios territoriales, disparidades socioeconómicas, diversos impactos ambientales y dificultades de integración socioespacial, tanto en el interior de los núcleos urbanos, como en su ámbito territorial más amplio, al tiempo que se observa un creciente despoblamiento de las áreas centrales.

Las problemáticas observadas muestran que las ciudades que articulan las áreas metropolitanas, concebidas en las estrategias de planeación territorial, como polos dinamizadores del desarrollo regional, se muestran frecuentemente como campos de fuerza que absorben incansablemente los recursos de su entorno y arrojan sus desechos en territorios periurbanos, sin que por esto mejoren de manera equitativa las condiciones de bienestar de sus habitantes (Arellano y Roca, 2009; Covarrubias y cols., 1995).

1 Para el año 2010, en África el porcentaje de población urbana es de 39.9%, en América del Norte 82.1%; en Asia 42.1%; en Europa 72.7% y en Oceanía 70.2%. En el caso de México se sitúa en el orden de 77.8%. United Nations, 2001, *World Urbanization Prospects, The 2000 Revision* (para 1925); United Nations, 2002, *World Urbanization Prospects. The 2001 Revision*; United Nations (2009), *World Urbanization Prospects, The Revision 2009* (para 2010).

2 Considerando los quinquenios 1950-1955 y 2005-2010 respectivamente, las tasas fueron: África: 4.64/3.36; Asia: 3.93/2.28; Europa: 2.06/0.40; América Latina y el Caribe: 4.52/1.60; América del Norte: 2.67/1.31; Oceanía: 2.89/1.28. En el caso de México en el primer periodo fue de 4.82 y en el último de 1.38. Fuente: United Nations (2009), *World Urbanization Prospects, The 2009 Revision*.

Las tendencias actuales del crecimiento urbano, manifestadas en la emergente morfología dispersa de las ciudades, están ligadas a cambios cualitativos mucho más profundos, que pueden situarse en la esfera de la erosión de los tradicionales vínculos articuladores de la economía, la política y la cultura, sin que sea evidente la emergencia de nuevos arreglos societales e institucionales capaces de reorganizarlos (Harvey, 2008, 53; Santos, 1880; Idovina, 2006; Dematteis, 1998).

La constatación de tal complejidad, ha derivado en un replanteamiento de los ejes de investigación sobre los procesos de integración social, en particular a partir de la década de los noventa:

Por un lado, un eje que se interesa en el estudio de las consecuencias de lo que algunos autores han denominado una *nueva economía urbana*, expresada en novedosas modalidades de concentración territorial de las actividades económicas y producción de suelo, nuevos dispositivos de articulación local-global, nuevas formas de manifestación de la ciudad como sitio de producción, etc. (Friedman, 1986; Borja y Castells, 2002; Sassen, 1994, 1998; Fainstein, 1996).

Por otro, y que nos interesa de manera particular, un eje que sitúa el análisis en torno a las nuevas formas de exclusión social en la ciudad, que algunos autores sugieren como la emergencia de una *nueva cuestión social urbana*, producto de un cambio cualitativo fundamental en la índole de los problemas sociales urbanos. Tal exclusión, que define las formas contemporáneas de la desigualdad, es entendida como un conjunto de procesos, así como una trayectoria social y personal, que derivan en un empobrecimiento de la capacidad integradora de la sociedad y el ejercicio de la ciudadanía. Entre las mediaciones estructurales consideradas se encuentran: los cambios en el mercado de trabajo, en la familia, en las relaciones sociales y en los niveles de cobertura del Estado de Bienestar.³

Las dos caras de la desigualdad y la exclusión

En términos de los procesos urbanos, las manifestaciones sociales de ambas esferas se pueden sintetizar en dos grandes formas:

Por una parte, aquella que se expresa, de manera predominante, en un *déficit de incorporación urbana en relación a la integración socioeconómica*, en el contexto de los arreglos que condicionan la inserción de los habitantes en la estructura del mercado que, en las dinámicas de la economía mexicana, pueden explicarse a partir del eje *subordinación/desposesión*.

3 Se pueden reconocer siete dimensiones de la exclusión: económica, laboral, formativa, socio/sanitaria, residencial, relacional y de participación, así como cuatro ejes de desigualdad: el género, la edad, la raza/etnia y la clase social, cuyas articulaciones condicionan la situación específica de cada persona y cada grupo social. La diversidad de manifestaciones, que resulta de las específicas relaciones entre tales dimensiones y ejes, da cuenta de las formas concretas en las que se manifiesta la desigualdad y la exclusión como forma extrema (Hernández Pedreño, 2008: 18-21).

Al respecto, Milton Santos, en referencia a las sociedades subdesarrolladas, afirma que las fuerzas de la modernización, son en extremo selectivas, tanto en sus formas como en sus efectos. El espacio de los países subdesarrollados está marcado por enormes diferencias de renta en la sociedad, las que se expresan a nivel regional por una tendencia a la jerarquización de las actividades y a escala del lugar, por la coexistencia de actividades de la misma naturaleza, pero de diferente nivel. De ahí que el espacio social producido, resulta en un ámbito inestable, discontinuo y multipolarizado, es decir, sometido y acosado entre una multiplicidad de influencias y polarizaciones que resultan de diferentes niveles de decisión (Santos, 1973: 108).

De este modo, el esfuerzo modernizador contribuye a consolidar la constitución de dos grandes campos económico/sociales que se fueron gestando a lo largo de la historia mexicana a partir del siglo xvi; ámbitos distintos, pero imbricados y mutuamente referentes en términos de la organización económico/social de la ciudad. La diversificación industrial, las intervenciones en materia de reestructuración urbana y la configuración diferencial de los espacios de habitabilidad producidos en la segunda mitad del siglo xx actualizan las tendencias que conforman este campo de fuerza del que resulta la organización contemporánea del espacio urbano:

Por una parte, el ámbito de la organización formal de la ciudad conforme a la estricta especialización de *sus funciones* que, de acuerdo con la planeación oficial debían ser desempeñadas por cada área (zonificación): residenciales, producción industrial, servicios, comercio, etcétera; y también conforme al establecimiento de determinados nichos económicos especializados. Esta zonificación respondió a las determinaciones de un circuito económico dominante, resultado directo de la modernización tecnológica.⁴ Las grandes inversiones infraestructurales se producen en función de las demandas de este circuito y de ese modo, imponen una particular organización del espacio favorable a la acumulación.

Combinado con esta primera tendencia, una segunda que obedece al desarrollo de un segundo circuito, formado por actividades de pequeña dimensión, arraigadas a lo local, y en las que los principios ordenadores no responden a los criterios funcionales preestablecidos, sino a las relaciones complejas cuyos hilos remiten a criterios de clase, ingreso, jerarquía laboral e incluso de adscripción étnica; relaciones que impondrían una segunda manera de organizar el espacio, sea en los lugares no intervenidos por el primer circuito (de algún modo marginales respecto de éste) o en sus intersticios (Santos, 1973: 108). Es curioso que cuando se habla de la ciudad, suele nombrársela a partir de los resultados del primer circuito. Del otro, que de múltiples modos es producto y condición del primero, su otra cara, suele decirse lo mismo, que es un freno al crecimiento económico, o que *está en la ciudad sin ser parte de ella*.

4 Cuya característica es que sus relaciones se efectúan fuera de la ciudad e incluso de la región, pero que subordinan la organización formal de la ciudad a sus necesidades.

La visión parcial y reduccionista de la configuración económico/social de la ciudad se derivó de lo que Milton Santos advierte como una serie de equívocos. Por una parte, las grandes industrias exportadoras, pensadas como motores del desarrollo de la ciudad, no han sido necesariamente complementarias con las redes económicas locales, como no sea en el marco del circuito cerrado de sus proveedores.

Por esto, sus efectos secundarios en términos del desarrollo local se sitúan más en la esfera del consumo que en la articulación con cadenas productivas locales o regionales. En contrapartida los procesos económicos y sociales que se evidencian en el segundo circuito serían funcionales para la explotación del trabajo en el polo dominante de la economía.

No sería casual, la terciarización creciente de todo el sistema urbano, por el hecho de que la industria moderna (como la tradicional) ha sido incapaz de proveer un número suficiente de empleo y por ello de abatir la pobreza. Este terciario *primitivo* [del que es una expresión la llamada economía informal], se constituye también como un terciario *refugio* para los excluidos de tal modernización industrial (ibid.: 109). Los ordenamientos políticos fungen en varios sentidos como garantes de la reproducción de este sistema de relaciones.

La perspectiva de la desigualdad *de clase*, que esta aproximación analítica evidencia, permite destacar la incapacidad de acceder a los mínimos de bienestar que corresponden a las posibilidades de satisfacción que ofrece la ciudad (vivienda digna, educación, salud, trabajo, etc.), que sufren un conjunto de sujetos sociales por su lugar en la pirámide de integración socioeconómica, pero también por la índole de las políticas públicas que, en el marco de determinadas relaciones de poder, tienden a incrementar los déficit de inclusión al régimen de derechos, a través de diversas formas de desposesión.

Tal cuestión es irreductible al mero problema de la pobreza económica, en tanto su explicación requiere el abordaje de las diversas formas de gestión que los sujetos producen con base en el marco de relaciones sociopolíticas y orientaciones culturales, mediadas en la esfera del Estado, del mercado y de los círculos familiares y microsociales⁵ (Filgueira, 2001).

El acelerado debilitamiento de las instituciones de bienestar y la insistencia en la aplicación de instrumentos de focalización, limitan la acción pública a sólo una cuarta parte de la población excluida. Los altos niveles de exclusión derivados de estas políticas han obligado a las familias a generar diversas estrategias de sobrevivencia, entre las que destacan el empleo precario, la ocupación no autorizada del suelo urbano y rural periurbano y la migración nacional e internacional, que hoy, más que desviaciones o excentricidades coyunturales, se convierten en constitutivos de la estructura económica y social del país (Valencia, 2007).

Una segunda forma, se caracteriza por distintas modalidades de *integración urbana sin integración social* que remiten al concepto de *segregación*, es decir, el establecimiento de una distancia espacial y social entre una parte y el resto. Tal cuestión supone una disposición diferencial de la gestión individual y colectiva de las *libertades urbanas*,⁶ mediada por aspectos socioculturales (Donzelot y Jaillet, 1997).

Esta segunda forma, particularmente compleja, remite a la tensión entre lo individual y lo colectivo, entre lo público y lo privado, entre la coherencia y cohesión espacial y la integración social y, se manifiesta en diversas formas de distanciamiento social, de producción de nuevas categorías urbanas ligadas a la erosión de los tejidos sociales, al empobrecimiento de las condiciones de sociabilidad (urbanidad), irreductibles por lo demás a las relaciones de clase. Las categorías urbanas producidas resultan de la integración de las diversas manifestaciones identitarias, así como de los dispositivos asociados a las formas de consumo del espacio y el tiempo, que definen a la ciudad como un espacio heterogéneo y fragmentado y frecuentemente como yuxtapuesto y estereotipado *donde la realidad se oculta tras velos de ilusión* (Lefebvre, 1974; Boltansky y Chiapello, 2002; Bauman, 2002 y 2005).

5 La forma dominante de enfrentamiento a los déficit de incorporación urbana, desde la perspectiva de las políticas públicas, ha supuesto la yuxtaposición de una limitada y decreciente estrategia centrada en la cohesión social de corte europeo, basada en el Estado de Bienestar; y una de corte estadounidense, basada en el mercado y la propiedad.

6 Entendidas como “la posibilidad para todos y cada uno de disfrutar no sólo de la vivienda y del trabajo, de hallar respuesta no sólo para sus necesidades elementales en materia de educación, sanidad e intercambio, sino de gozar de cualquier actividad cultural, recreativa y creadora al más alto nivel posible (Campos-Venuti, 1971: 8).

Los fenómenos asociados a esta perspectiva se pueden explicar a partir del momento en que la organización del espacio urbano no vuelve visible ni inteligible el lugar de cada uno en relación con el de todos, lo que se manifiesta en la fragmentación de la sociedad. Los que tienen más ignoran a los que tienen menos y se reagrupan para vivir entre ellos en zonas urbanas de alto costo social.

Se puede hablar de una segregación activa, producto de la estigmatización y rechazo por parte de los sectores dominantes, aplicada a grupos étnicos, minorías culturales y sectores pauperizados. Sin embargo, también de la autosegregación y autoencierro de las clases medias y altas, y cada vez más, también en sectores de bajos ingresos, en espacios protegidos, lo que representa una forma de repliegue frente a la percepción de la inseguridad urbana, que deviene en una urbanización mediada por el miedo y la desconfianza. Se trata en suma, de la ocurrencia de formas emergentes de repliegue comunitario y distanciamiento material y simbólico como mecanismos de defensa frente a la amenaza real o latente.

Tales comportamientos se justifican, sea porque se corresponden *de manera natural* a la sociedad abierta en red, soporte estructural de la forma dominante de mundialización económica (Castells, 1989; 2000); a un conjunto de cambios culturales que tiene como sujeto al individuo diferencialmente desocializado (Bauman, 2002) y al desarrollo mismo de la modernidad que produce y multiplica las diferencias (individuales y colectivas), en el marco de dos tipos de lógicas: las lógicas de reproducción y de resistencia, y las lógicas de invención o de producción de la diferencia, cuestión que se potencia en una suerte de hipermodernidad contemporánea⁷ (Wieviorka, 2003).

⁷ Los procesos de diferenciación, las distintas expresiones de distanciamiento y los diversos campos de antagonismo social, dice Wieviorka, "no son la expresión de una crisis provisional, un momento de retroceso de la modernidad y del triunfo no menos provisional de las tradiciones, sino la marca de una nueva era, en la cual los procesos de fragmentación cultural, de descomposición y recomposición de las

Puebla: Exclusión y apropiación del espacio en la ciudad dispersa

La articulación compleja de ambas formas se manifiesta en los actuales comportamientos urbanos que, en el caso de Puebla, están mediados por la índole de las relaciones de poder constituidas históricamente y en las que la integración urbana sólo parcialmente es resultado de la planeación y la normatividad formal. La integración urbana, más que un derecho se constituye, en la práctica, como tema de negociación y como motivo de confrontación, subsidiarios de la correlación de fuerzas en la relación de los actores sociales.

La integración social resultante, es decir, el tejido de relaciones a partir de los cuales esos actores producen y reproducen su historicidad, también es un proceso dominado por un orden frecuentemente yuxtapuesto y a veces subversivo de los arreglos formales situados en la esfera del Estado y el mercado. En estos arreglos, en contrapartida juegan un papel de primer orden las adscripciones primarias, lo mismo entre las élites que en los sectores subordinados. En el proceso de integración social, la contradicción, la solidaridad y la conflictividad devienen en relaciones explícitas a partir de las cuales el espacio urbano se configura como espacio de libertad y dominación, de expropiación y resistencia.

identidades son procesos decisivos. Hay que dejar de decir que nuestras sociedades pasan de la tradición a la modernidad, lo que era el discurso evolucionista por excelencia; hay que decir que nuestras sociedades son cada vez más modernas cuando viven tensiones crecientes entre la razón y las identidades culturales que producen, y no solamente que acogen o reproducen" (2003: 23).

Los exiliados del Centro histórico

Siguiendo la tesis de Edward Soja (2008), el conjunto de transformaciones en la configuración espacial, como las que sufrió la ciudad de Puebla en su proceso de modernización, profundizó la segregación social que la había caracterizado desde su propia fundación. Tal proceso derivaría en una acentuada diferenciación de los distintos espacios geográficos no sólo en términos de su dotación de servicios urbanos y de condiciones de acceso a la centralidad, sino en la configuración de identidades sociales diferenciadas y a veces confrontadas cuyos dispositivos serían referentes para la disputa por el derecho a la ciudad.

Por una parte, un sistema habitacional de los integrados a esta economía formal, como los fraccionamientos para el pequeño sector de clase media alta y alta, las colonias populares para los sectores medios (configurado por un multiforme conjunto de fracciones que guardaban entre sí grandes diferencias de ingresos y adscripciones en la estructura del empleo) y las unidades habitacionales para los trabajadores (obreros y empleados públicos) que participan del régimen de seguridad social. En todos ellos, se fue consolidando un comportamiento favorable a la suburbanización residencial que *supuso una gran inversión del prestigio de los lugares en la zonificación concéntrica del espacio urbano* (Soja, 2008: 128).

Por otra, la compleja trama de barrios y colonias populares del Centro histórico en los que se fue profundizando una relación paradójica entre centralidad espacial y exclusión social (Álvarez Mora, 2006). Los planes oficiales no proponen esfuerzos mayores para favorecer la integración social de los lugares centrales, lo que ha configurado al centro como el complejo espacio de los exiliados simbólicos. En ese sentido operaron (como hoy), las decisiones orientadas a la producción del espacio periférico.

[...] 76% de las edificaciones se destinan a vivienda [...], de las cuales 87% está en régimen de alquiler.

La periferia de las élites y aun la de carácter popular es, en buena medida, producto del empobrecimiento social del centro.

Esta cuestión se manifiesta en la precariedad existente en términos de dotación de servicios orientados a la habitabilidad de los sectores populares:

[...] 76% de las edificaciones se destinan a vivienda [...], de las cuales 87% está en régimen de alquiler. El 68.6% de estas viviendas ocupa edificios construidos durante el siglo xx, mientras que el 31.4% restante son edificios históricos que en su mayoría datan de los siglos xvii y xviii. 32% de las viviendas carecen de cocina, el 55.4% tiene baño integrado y en el 44.6% restante no se identifica el cuarto de baño (en algunos casos se trata de edificios donde el sanitario es compartido) y el 27.4% de estos inmuebles ni siquiera posee sanitario. 27.8% de las viviendas carece de agua potable, 22.2% tiene problemas de drenaje; 19.6% no cuenta con ventilación ni iluminación natural y 38.1% tiene problemas de humedad (Montero, 2002).

Sin embargo, la condición de precariedad de la mayoría de los habitantes del área central, no sólo es resultado de la inserción de los sujetos en la pirámide del ingreso sino un proyecto socioespacial: exacerbar la relación pobreza/deterioro para asegurar la posibilidad de un cambio concertado que ponga en marcha y materialice una renovación urbana altamente rentable para los propietarios del patrimonio inmobiliario (Álvarez Mora, 2008: 16).

De acuerdo con Alfonso Álvarez Mora, el Centro histórico es un “espacio de acogida”, donde se rentabiliza la pobreza, donde se concentra a una población para que disponga de una vivienda que, en realidad, ha dejado de serlo, habiendo perdido, incluso, la posibilidad de alcanzar una mínima dignidad, ya que el precio que se paga por esa acogida, aparte del alquiler exigido, es la ausencia de cualquier tipo de inversión en viviendas y servicios y la renuncia al reconocimiento de derechos. Justo esta falta de inversión pública y privada en

los servicios necesarios para el habitar digno, es una condición apropiada para acelerar, en un horizonte de mediano plazo, los cambios urbanísticos que aseguren su reconversión en un lugar desde el que se realicen, al máximo nivel, las rentas urbanas que promete su localización central (ibid.).

Dada la irregularidad de la tenencia de los predios,⁸ que remite a la condición prevaleciente en los asentamientos populares periféricos; el carácter supuestamente oneroso de la expropiación pública y la ausencia de políticas crediticias eficientes, promueven el binomio pobreza-deterioro y refuerzan la dinámica de turgurización y el despoblamiento del centro histórico.

Como puede observarse en el gráfico siguiente, el abandono poblacional del Centro histórico se fue acelerando a partir de la reestructuración urbana, iniciada en los años cuarenta, al tiempo que la periferia incrementaba su peso demográfico. Como afirma Álvarez Mora, el abandono de habitantes se acompaña de la eliminación y desaparición por siempre de aquellos equipamientos y servicios que han estado vinculados estrechamente con la existencia de las viviendas, de la residencia popular de modo que fuese imposible volver a habitar el espacio residencial abandonado y reconvertido en lugares terciarios (ibid.: 18-19).

Despoblamiento del Centro histórico (en miles)

Año	1978	1980	1985	1990	1995	2000	2005	2010
Habitantes	340	200	110	95	81	65	57	50

Fuente: Ayuntamiento de Puebla.

⁸ Muchas de las vecindades y propiedades, en especial en los barrios del norte y del oriente de la ciudad, los más degradados, están intestadas tras la muerte de sus propietarios.

Pero, la conducta pública hacia la condición del hábitat de los lugares centrales, favorable a la especulación del suelo a expensas de la precarización urbana y social y a la franca expulsión de sus habitantes de bajos ingresos, no sólo se alimenta de consideraciones económicas. La forma cotidiana en la que se establecen de manera continuada las relaciones sociales, se fundamenta en una representación de los pobres, que se ha conformado históricamente con base en una particular impronta racista, resultado de la combinación, encubridora, de la herencia colonial y la ideología liberal.

Loic Wacquant (2001) se refiere a los moradores de zonas marginales de las grandes ciudades (guetos en EUA y *citó* en Francia) justamente como “exiliados” en un espacio degradado que los descalifica colectivamente.

La configuración identitaria, construida de este modo, y asumida conflictivamente por dominados y dominadores, supone la constitución de dispositivos (para usar términos de M. Foucault⁹) para legitimar *desigualdades y jerarquías y naturalizar las diferencias*. Tales dispositivos *conforman un minisistema en donde la identidad del dominador y el dominado se vuelve simbiótica. Raza, cultura y clase se entrecruzan de manera compleja en las estructuras sociales, mentales y en la psique de los individuos* (Sánchez Díaz de Rivera, 2006: 207). Es en el marco de este complejo identitario donde se encuentran las justificaciones profundas del olvido y la disposición a la exclusión.

Pero la *intencionalidad determina la representación del espacio*. Así, de la realidad cosificada en el discurso dominante,¹⁰ se legitiman las grandes estrategias estatales: la conservación monumental del centro y el olvido de los espacios de la vecindad depauperada; la modernización de los fragmentos urbanos privilegiados de la periferia conectados por las grandes avenidas y la desconexión de la periferia popular ligada a la autoconstrucción del hábitat; la asignación de suelo para las realizaciones de la economía formal y la negación del espacio para la producción y el intercambio popular.

En función de su integración a las distintas formas de producción urbana, pero sobre todo desde la lectura estereotipada de sus significados, actualizan los viejos modos de relación social, que devienen en determinados juicios de valor: desde la pueril idealización de la identidad urbana sustentada en su patrimonio monumental, ligada a un fragmento de la ciudad, pasando por el fraccionamiento privado como modelo de hábitat de calidad, hasta la franca estigmatización tanto de los habitantes de las áreas depauperadas del Centro histórico como de los habitantes de las colonias precarias de la periferia. Estas representaciones colectivas,

[...] al naturalizar las diferencias, naturalizan la desigualdad. De ahí que se conviertan en discursos sociales (y por lo tanto de poder) donde los pobladores son ubicados en lugares diferentes como portadores de roles distintos. A su vez, esos pobladores interpretan esos lugares dentro de su propio proceso de subjetivación. A partir de ello, participan de un mundo social y simbólico donde resuelven sus requerimientos de sociabilidad e identidad individual (Pérez Ruiz, 1992).

Al referirse a la experiencia del barrio de San Antonio, una zona particularmente degradada situada en el borde norte de la traza histórica, cuyas numerosas vecindades se encuentran en un grave deterioro y algunas en ruinas y abandonadas completamente,¹¹ Silvano de la Lata (*op. cit.*), considera que la combinación de precariedad de la calidad de vida y la estigmatización alimentada por la prescripción oficial, ha elaborado un imaginario social de dicho barrio (junto con otras áreas aledañas) como un lugar exótico donde se practica un

9 Para quien el poder, recordemos, “es una vasta tecnología que atraviesa el conjunto de relaciones sociales; una maquinaria que produce efectos de dominación a partir de un cierto tipo peculiar de estrategias y tácticas específicas. La práctica del poder en la era moderna, se ha caracterizado, por un lado, por una legislación, un discurso, una organización basada en el derecho público, articulado en el cuerpo social y el status de delegación de cada ciudadano” (Foucault, 1980: 144).

10 Discurso cuya producción no puede atribuirse sólo a los órganos del Estado o de los empresarios interesados, sino también en buena medida a los intelectuales del fenómeno urbano (historiadores, arqueólogos, arquitectos, urbanistas). De acuerdo con Wacquant: “Para producir esta extra a formación discursiva, [...] cuya función primordial es aislar y proteger a la sociedad ‘dominante’ [...] fue necesario, en primer lugar, que los mismos proponentes de la mitología de la infraclassa se alejaran estudiadamente del gueto a fin de ‘teorizarlo’ desde lejos y desde arriba, y solo a través del escudo tranquilizador del aparato burocrático de investigación” (Wacquant, 2001: 51).

11 Gran parte de ellas están pobladas por familias que llegaron a habitar inmuebles también abandonados y que viven desde generaciones en una realidad que se reproduce en muchos centros históricos en América Latina. En esta zona se concentra la mayor cantidad de migrantes indígenas (oaxaqueños y chiapanecos) que se dedican al comercio callejero en el primer cuadro de la ciudad ( lvarez Mora, *ibid.*).

sincretismo religioso vinculado con la santería y la superstición (las imágenes de Santa Bárbara y San Antonio han estado vinculadas a un tipo de catolicismo más sincrético como a la santería y brujería) y por su historia como albergue de la antigua zona roja, como el espacio donde sus habitantes son protagonistas de graves manifestaciones de disolución social. Estas imágenes, *formaron en los ciudadanos un estigma que perdura hasta hoy y que ha hecho difícil a los sanantonenses integrarse a la vida diaria como ciudadanos comunes.*

Aunque el caso de San Antonio parece extremo respecto a la abigarrada complejidad socioespacial del centro, es cierto que algunos “atributos sociales” han contribuido a la imagen estereotipada y a determinadas formas de integración social de sus habitantes. De este modo se atribuyen a los comportamientos “desviados” de los individuos, explicaciones que transforman condiciones sociológicas en rasgos psicológicos, funcionales para la estigmatización y la represión y para oponer el orden formal a las prácticas informales como si de opuestos se tratara (Wacquant, 2001). Las conductas sociales que se manifiestan en las áreas de precariedad urbana resultan así, una exterioridad respecto a la ciudad representada por el pasado cristalizado del monumento, la modernidad reflejada en sus edificios modernos, en la legalidad representada por las oficinas públicas, lo que favorece evadir la responsabilidad pública de los procesos sociales vinculados a la marginalidad.

Los integrados de la periferia

La complejidad social del centro se refleja de otro modo en los espacios de la periferia, subsidiaria, en muchos sentidos, de las intervenciones o ausencias en el área central. Los asentamientos cada vez más periféricos, producidos a partir de una inicial irregularidad en la tenencia legal del suelo, albergaron a un vasto y heterogéneo conglomerado

de trabajadores, tanto empleados de empresas legalmente constituidas como de diferentes expresiones de la economía informal. Estos sujetos fueron llegando a los sitios de colonización en el entorno urbano, tanto de los espacios centrales depauperados y saturados de viviendas en alquiler, como de flujos migratorios, que tenían como común denominador su exclusión de los sistemas de prestaciones sociales formalmente instituidos.

La composición heterogénea y compleja, que rechaza el estereotipo de la marginalidad económica que suele atribuirse a los conjuntos urbanos informales, puede ser ilustrada a partir de las evidencias de un estudio realizado en quince asentamientos irregulares de la ciudad de Puebla. En dicha encuesta, se identificó que 76% de sus habitantes eran poblanos, de ellos, 51.2% originarios de la propia ciudad de Puebla y 24.8% de otras regiones del estado y el resto (24%) procedía de otras entidades. En la muestra predominó la población joven (57.4% era menor de 23 años de edad).

Respecto a su adscripción al empleo, 9% eran albañiles; 14.1% vendedores ambulantes y comerciantes por cuenta propia; 9.6% empleados en transporte (taxistas, conductores de autobuses, combis y camiones materialistas); 8% obreros; 9.7% propietarios de talleres (hojalatería, herrería, marmolería, reparación de aparatos domésticos, curtiduría de pieles, carpintería); 9.7% eran profesionales; 5.6% empleados de gobierno (policías, bomberos, militares); 4.5% empleados del comercio formal; 5.3 empleados de empresas de servicios; 3.7% artesanos; 3.6% empleados de talleres; 3.7% empleados de servicios educativos; 2% empleados administrativos en la industria; 6.4% empleados en servicios médicos; 0.8% empleados en servicio doméstico; 1.2% empleados de hoteles y restaurantes; 4.1% jubilados; 4.7% eran operadores de limpia y grúas y agricultores; y sólo 1.2% fueron desocupados. El promedio del ingreso de los habitantes encuestados se situó en 1.4 salarios mínimos (Patiño, 2004: 142-143).

En la periferia, como en muchos espacios del Centro histórico, se repite el mismo patrón de precariedad en las condiciones del hábitat. De acuerdo con Varinia López (2004), alrededor de 35% de los asentamientos humanos de la ciudad corresponden a urbanizaciones precarias en áreas de la periferia de la ciudad.

La vivienda precaria se encuentra en su mayor parte en los asentamientos irregulares de la periferia norte, sur y oriente (PDUCP, 1999-2002). Se caracteriza por la irregularidad de la tenencia de la tierra, falta de servicios, encontrándose por debajo de los estándares mínimos de bienestar, está construida con materiales de baja calidad como lámina de cartón, pedacera de madera, coexistiendo con adobe, block o tabicón. La mayoría de las veces los moradores fueron ocupando los lotes sin que existiera previamente un alineamiento, ni delimitación de los predios.

Es evidente, después de las consideraciones sobre la vivienda en el Centro histórico, que esta caracterización fenomenológica de la habitación periférica no permite su comprensión cabal, sobre todo considerando las mediaciones estructurales que trascienden la asignación meramente espacial y material. Por esto, más allá de la descripción de esa materialidad, la autoconstrucción de viviendas y de equipamientos básicos y la dotación de servicios en estos espacios de precariedad, no son sólo advertencia y denuncia de la carencia, sino consigna y programa de acción de quienes se incluyen urbana y socialmente por la fuerza de los hechos en una ciudad que pretende excluirlos y negarlos.

En la realidad, la precariedad y la segregación socioespacial son producto, es cierto, por una parte, de un modelo que se sostiene crecientemente en diversas expresiones de *informalización económica*,¹² por otra, del abandono del

12 Expresión con la que abarcamos no sólo lo que estrictamente se denomina economía informal,



“La integración social se manifiesta en la prevalencia de viejos modos de organización socioespacial que desafían el orden constituido.”

papel del Estado de su responsabilidad social hacia la mayoría de la población, lo que ha repercutido en el deterioro de la calidad de vida urbana y, finalmente, del deseo de integración, pero sobre todo, de producción de sí mismos, como sujetos amenazados material y/o simbólicamente con la exclusión de la ciudad. Una cuestión que es comparada lo mismo por los habitantes de las periferias que del centro de la ciudad.

Por este deseo de integración, individual y colectivo, defensivo y propositivo a la vez, la precariedad urbana se resuelve y expresa en una suerte de constitución de comunidades organizadas, donde prevalecen, conflictivamente, principios de colectividad, lógicas de soporte mutuo, entre los que destacan la limitación de la diferenciación e individualización, al tiempo que la existencia de mecanismos para solucionar el disenso y enfatizar el sentido de cooperación necesario para la sobrevivencia del grupo, en la que juega un papel central la acumulación de fuerzas para la negociación con el Estado y con los propietarios del suelo.

En esta construcción social radica, en gran medida, el éxito relativo de las organizaciones corporativas que promueven las urbanizaciones populares informales.

sino las diversas prácticas empresariales y estatales para negar derechos laborales consagrados por la Ley (entre ellos, el de la vivienda) a los trabajadores de las organizaciones económicas formales.

Es con base en la conformación de colectividades que aspiran, aun temporalmente, a la fuerza de la comunidad, que “los pobres” se integran socialmente a una ciudad que al tiempo de negarlos y temerles, ensalza las manifestaciones identitarias que manifiestan los sectores de la élite.

La sociabilidad primaria que estas organizaciones promueven, más allá de la evaluación ética y política de su desempeño, es un freno a la desafiliación y condición de cobertura contra el riesgo social en el caso de los sectores populares y, una condición de hegemonía ideológica y económica de la élite en la orientación del proyecto urbano.

Por esto, la situación de precariedad urbana que se manifiesta en los asentamientos informales de carácter popular, no está asociada tanto con la situación legal de la tenencia del suelo, sino con la relación de fuerza que pueden lograr en la manifestación contestataria o en la negociación con el gobierno municipal o estatal, lo que significa enfrentar continuamente la disposición oficial de canalizar protección legal, legitimaciones simbólicas y los escasos recursos públicos a hacer prevalecer los intereses especulativos y a cualificar los espacios de las élites económicas, en un programa de ensanchamiento de las desigualdades socioespaciales, cuyas formas se actualizan en cada intervención pública y privada.

Pero también la integración social se manifiesta en la prevalencia de viejos modos de organización socioespacial que desafían el orden constituido. Es el caso de las rutas rituales de la festividad patronal de colonias y barrios, en la ocupación estacional de calles y plazas, a través de las cuáles se recupera el espacio público para la informalidad celebratoria que recuerda la fuerza de la religiosidad como ámbito de integración. Es el caso también de los circuitos de intercambio que propone el heterogéneo universo de tianguis itinerantes y del comercio *ambulante-establecido*, al intervenir y apropiarse de camellones, aceras y calles enteras.¹³ O también, el espacio comunicativo del grafiti, que impone nuevos códigos de lectura de los territorios urbanos.

Evidentemente, estas y otras formas de apropiación del espacio desafían la asignación formal de las funciones socioespaciales e implican, de algún modo, recuperaciones informales y temporales del espacio urbano para quienes no tienen permiso y, de ese modo, sugieren su recreación.

En todos los casos, su manifestación cotidiana es la denuncia al fracaso de la gestión estatal en materia de desarrollo y, al mismo tiempo, la ostentación de que el modelo de acumulación goza de cabal salud.

13 Sólo en la zona del Centro histórico, en la década de los ochenta se calculaba en poco más de 10 000 las personas dedicadas al comercio ambulante (@ consulta, 11 de noviembre de 2008). Para el año 2010 su número se calculó en 20 000, agrupados en alrededor de 20 organizaciones civiles.

Referencias

- Álvarez Mora, Alfonso (2004), "Modelos de desarrollo urbano. De la ciudad compacta al metropolitano disperso" en Alfonso Álvarez Mora y Francisco Valverde Díaz de León (coords.), *Ciudad, territorio y patrimonio. Materiales de investigación II*, Puebla, Universidad Iberoamericana Puebla e Instituto Universitario de Urbanística, Universidad de Valladolid: 227-261.
- _____ (2008), "Centro histórico: fragilidad, prestigio y marginación", en *Ciudad Territorio y Patrimonio. Materiales de Investigación III*, Alfonso Álvarez Mora y Francisco Valverde Díaz de León (coord.), Puebla, Universidad Iberoamericana Puebla, Universidad de Valladolid, Universidad de Aguascalientes, BUAP.
- Arellano Ramos, Blanca Esmaragda y Josep Roca Cladera (2009), *Algunas reflexiones sobre el proceso de sprawl en España y México*, Barcelona, scrv.
- Bauman, Zygmunt (2002), *La sociedad sitiada*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Boltanski, Luc y Chiapello (2002), *El Nuevo Espíritu del Capitalismo*. Madrid Akal.
- Borja, Jordi y Manuel Castells (2002), *Local y Global. La gestión de las ciudades en la era de la información*, Taurus, México.
- Campos-Venuti, Giuseppe (1981), *Urbanismo y austeridad*, Madrid, Siglo XXI Editores.
- Ciccolella, Pablo (2010), "Metrópolis y desarrollo urbano más allá de la globalización. Hacia una geografía crítica de la ciudad latinoamericana", *Scripta Nova* Revista electrónica de geografía y ciencias sociales, Universidad de Barcelona, vol. xiv, núm. 331 (2), 1 de agosto.
- Dematteis, Giuseppe (1998), "Suburbanización y periurbanización. Ciudades anglosajonas y ciudades latinas", en *La ciudad dispersa. Suburbanización y nuevas periferias*, Barcelona, Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona.
- Donzelot, Jaques y Marie-Christine, Jaillet (1997), "Esquisse de Synthése pour introduire a une seconde phase de la recherche", *Seminaire sur les zones urbaines desfavorises en Europe et Amerique Du Nord*. 1995-1996, CEDOV.
- Filgueira, C.H. (2001), "Estructura de oportunidades y vulnerabilidad social. Aproximaciones conceptuales recientes", Seminario Internacional *Las diferentes expresiones de la vulnerabilidad social en América Latina y el Caribe*, Santiago de Chile, 20 y 21 de junio.
- García Canclini, Néstor (2005) (coordinador), *La Antropología urbana en México*, México, Conaculta, UAM/FCE.
- Harvey, David (2008), *El derecho a la ciudad*, en <http://es.scribd.com/doc/18764939/>
- Herniaux, Daniel y Alicia, Lindon (2004), "La periferia: voz y sentido de los estudios urbanos", en *Papeles de población*, octubre-diciembre, núm. 042, México, Universidad Autónoma del Estado de México.
- Idovina, Francesco (2006), "Transformaciones de la ciudad y el territorio a principios del siglo XXI: El archipiélago metropolitano", en H. Ponce, *La ciudad fragmentada. Nuevas formas de hábitat*. Alicante: Ediciones Universidad de Alicante, 2006:13-42.
- Montero Pantoja, Carlos (2002), *La renovación urbana. Puebla y Guadalajara: Un estudio comparado*, Puebla, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Nivón Bolán, Eduardo (2005), "Hacia una antropología de las periferias urbanas" en: Néstor García Canclini (coordinador), *La Antropología urbana en México*, México, Conaculta, UAM/FCE: 140-167.
- Sánchez Díaz de Rivera, María Eugenia (2006), "Reseña de Los caminos del racismo en México" en *Cuicuilco* mayo-agosto, año/ vol. 13, núm. 037, Escuela Nacional de Antropología e Historia, Distrito Federal, México: 207-212.
- Santos, Milton (1990), *Por una geografía nueva*, Madrid, Espasa Universidad.
- _____ (1973), *Subdesarrollo y polos de crecimiento económico y social*, Seminario Regional sobre Desarrollo Urbano-Regional, Caracas, junio, CORDIPLAN/LUF/OEA.
- Sassen, Saskia (1998), "Las ciudades en la economía global" en: E. Rojas y R. Daughters (eds.), *La ciudad en el siglo XXI*, Washington, BID.
- Svampa, Maristella (2004), "Fragmentación espacial y nuevos procesos de integración social 'hacia arriba': socialización, sociabilidad y ciudadanía", en *Revista ESPIRAL*, Guadalajara, México.
- United Nations (2001), *World Urbanization Prospects, The 2000 Revision*.
- _____ (2002), *World Urbanization Prospects. The 2001 Revision*; United Nations.
- _____ (2009), *World Urbanization Prospects. The Revision 2009*.
- Valencia Lomelí, Enrique (2007), "Los debates sobre los regimenes de bienestar en América Latina y en el Este de Asia. Los casos de México y Corea del Sur", *II Congreso 2007 Consejo de Estudios Latinoamericanos de Asia y Oceanía*, Seúl, 21-23 de junio 2007.
- Wacquant, Loïc (2001), *Parias Urbanos*, Buenos Aires, Manantial.
- Wiewiorka, Michel (2003), "Diferencias culturales, racismo y democracia", en Daniel Mato (coord.), *Políticas de identidades y diferencias sociales en tiempos de globalización*, Caracas, FACES/UCV: 17-32.